

firme á la joven un poco de sopa muy caliente.

Mme. Cottin no pudo tomar nada más: al terminar, llegó Misstris Rawlings, que volvía de dar sus lecciones.

—Mi querida aya, le dijo Sofia, os confío la vida del mejor amigo de mi padre: yo voy á salir, y os encomiendo su custodia y seguridad hasta que vuelva.

—Idos descansada, hija mia, dijo el aya: ya estoy yo aquí, y si llamasen sus perseguidores, yo sabría responderles.

Sofia entró en su cuarto abrió el cajón de su escritorio y tomó un paquete de papeles manuscritos atados con una cinta.

—¡Dios mío! si es que me habéis dado algún talento, hacedle valer ahora, dijo la joven, elevando al cielo una mirada de ardoroso ruego; ¡que yo pueda salvar á este anciano! era el amigo de mi padre, y me parece que es por mi padre por quien trabajo; todos los ancianos me recuerdan aquel sér querido.

Sofia se puso su manteleta y su sombrero, que se había quitado poco antes; tomó sus papeles, y estrechando la mano del Marqués, salió acompañada de Mariana.

La noche había cerrado, fría, oscura, lluviosa. Sofia, al llegar á la puerta de la casa, se detuvo confusa y aturdida; no sabía á dónde ir; á ningún librero conocía, y permanecía inmóvil, resguardando bajo su manteleta el lío de papeles que

contenia *Clara de Alba*, para que no se mojase con la lluvia que empezaba á caer copiosamente.

—¿Qué hacemos? preguntó con impaciencia la vieja nodriza; nos estamos mojando hasta los huesos, y es una tontería el que por servir á ese viejo orgulloso nos expongamos á coger una enfermedad.

—¡Ah Mariana! repuso Sofia con la paciente dulzura que formaba el fondo de su carácter; ese anciano respetable es uno de los mejores amigos de mi padre; yo quisiera ayudarle, aun á costa de mi vida... pero no sé cómo... en fin, tengo fe y confianza en Dios... aquí, en esta misma calle hay un librero... sígueme, y vamos á verle antes de que cierre.

—¡Es una esperanza bien necia la de sacar dinero de esos papelotes! refunfuñó Mariana, cuyo humor acre y sombrío era el más á propósito para desolar á la pobre Sofia, ya de suyo tímida y sensible hasta el extremo.

La puerta de la librería estaba abierta; era una tienda antiquísima, pequeña y débilmente alumbrada por un quinqué humoso y negro, que pendía del techo; detrás del mostrador, viejo y ennegrecido por los años, se hallaba sentado un hombre de aspecto desapacible y huraño, en quien lo avanzado de la edad no imponía ningún respeto.

Vestía un raído traje negro, compuesto de calzón y chupa de seda, y un gorro alto y puntiagudo, asimismo de seda, que cubría su cráneo cal-

vo, y que dejaba ver en sus sienes algunos cabellos blancos.

—Dios os guarde, caballero, dijo tímidamente Mme. Cottin y con acento dulce: yo venía á...

—Si venís á comprar libros, podéis volver mañana, señorita, dijo el librero, engañado acerca del estado de Sofía, por su aspecto gracioso y juvenil: hoy no estoy de humor de buscar ya más volúmenes.

—Yo no vengo á comprar libros, caballero; al contrario, repuso Sofía; vengo á vender uno, si es que lo queréis comprar.

—¿Qué vais á vender?

—Un manuscrito: se llama *Clara de Alba*; es una novela; me veo en un apuro muy grande; ¡ah! ¡comprádmelo, caballero!

La pobre joven dijo todo esto de una tirada y como temiendo que le faltase el valor; el librero arrugó la frente y preguntó:

—¿Decís que es una novela?

—Sí, caballero.

—¿Y quién la ha escrito?

—Yo.

—¿Cómo os llamáis?

—Sofía Restaud, viuda de Cottin.

—No conozco ese nombre, dijo el librero encogiéndose de hombros, y por lo mismo no puedo quedarme con ese manuscrito: si os llamáis Mme. Stael, sería otra cosa. ¡Oh! ¡esa dama tiene gran talento!

—Pero, caballero, observó Sofía sin perder nada de su angélica dulzura; alguna será la primera novela que Mme. Stael haya escrito!

—Sí por cierto, respondió el librero; pero Mme. Stael fué á ofrecer su primer libro en un carruaje soberbio, ó más bien, fué á citar á su palacio al librero, que se apresuró á complacerla; Mme. Stael es hija de un Ministro y esposa de un Embajador.

—Yo soy pobre, repuso Sofía humildemente, y ni me avergüenzo de mi pobreza, ni la quiero negar; creo que esta pobreza debiera ser un motivo para que consintiéseis en ver mi manuscrito.

—Imposible, señora; vuestro nombre no es conocido de nadie.

—Quedad con Dios, dijo Mme. Cottin, y quiera el cielo que mi obra valga lo bastante para que os arrepintáis de haberla rechazado.

Mme. Cottin salió de la tienda después de enjugar una lágrima. Siguió á lo largo de la calle, y volvió á la derecha, donde se acordaba de haber visto otra librería.

Hallábase en la tienda un hombre de mediana edad y de aspecto dulce y afable, tanto como el otro lo tenía desapacible.

Un rayo de esperanza penetró en el alma de Sofía, que entró modestamente y se dirigió al mostrador.

—¿Qué se os ofrece, señora? preguntó el librero levantándose cortésmente.

—Deseo, dijo Sofía, que os dignéis leer y ver si os conviene comprar este manuscrito.

—¿Cómo os llamáis?

—Sofía Restaud de Cottin.

—No conozco ese nombre, señora.

—Lo creo muy bien; es lo primero que he escrito, dijo la pobre Sofía, que ya empezaba á temblar.

—Entonces, señora, perdonad; no puedo publicarlo.

—¿No podéis?

—No: sólo imprimo obras de personas conocidas ya y estimadas del público.

—¡La canción del otro! murmuró Mariana; según se ve, esta gente quiere que ya se nazca con celebridad.

—¡Ah caballero! exclamó Sofía; si todos me dicen lo que vos, no llegará el caso de que me conozca nadie! Alguna obra mía ha de ser la primera que vea la luz; ¿ó es que solamente queréis dar gloria á las personas ricas?

—Señora, no puedo deciros más sino que siento de todo corazón el no poder aceptar vuestro manuscrito, que indudablemente será muy bello; y tanto lo creo, que á no tener mucho original comprado, á pesar de lo completamente desconocido de vuestro nombre, haría un esfuerzo y lo adquiriría; pero he comprado seis obras en pocos días, y me es de todo punto imposible. Soy vuestro más humilde servidor.

Sofía salió de la tienda con el corazón oprimido. Su abatimiento era profundo. Mariana ya no regañaba; á pesar de su aspereza de carácter, amaba tiernamente á Sofía y le dolían todas sus penas.

—Vamos á los muelles, Mariana, dijo la joven; allí me darán menos, si es que consigo vender esto, pero estoy más segura de que me lo compren.

Pasaron el puente de las Artes, y se hallaron delante de una larga fila de tiendecitas oscuras y pobres.

La mayor parte eran de libros y de estampas y estaban débilmente alumbradas.

La lluvia caía sin cesar; el casi pobre vestido de Sofía se hallaba completamente empapado en agua, lo mismo que su sombrero y su manteleta; pero la pobre joven no pensaba en eso; temblaba ante la idea de que podían volver á buscar al Marqués; no sentía el frío que su ropa mojada transmitía á su débil cuerpo, que se agitaba con sacudidas nerviosas; pensaba en la para ella imprescindible necesidad de vender su manuscrito.

Llegóse á dos tiendas sucesivas sin atreverse á entrar; mas al acercarse á la tercera, divisó á una mujer sentada detrás del pequeño mostrador.

—Una mujer debe tener el corazón más compasivo que los hombres, pensó Sofía; cuando la caridad no podía alcanzar de mi padre lo que necesitaba, acudía á mi madre y lo conseguía siempre.

Abrió la puerta y se halló delante de la persona que le había inspirado alguna confianza.

Era una mujer joven aún y que debía haber sido extremadamente bella; pero á la sazón estaba pálida, delgada, triste y cubierta de riguroso luto.

Sentada á su lado leía una bella niña que podría contar de doce á trece años; otro niño de cinco ó seis dormía sentado en una banqueta, con la cabecita apoyada en las rodillas de su madre, y otro que aparentaba ocho se divertía en mirar las estampas de un gran libro viejo.

—¿Qué se os ofrece, señora? preguntó la mujer de luto, queriendo levantarse y no atreviéndose á hacerlo por no despertar á su hijo; ¿en qué puedo servirlos?

—Señora, respondió Sofía, deseo vender este manuscrito; si os conviniera...

—La casa Morin, que es ésta, señora, sólo publica libros de Derecho y de Medicina, y presumo que ese manuscrito no será ni una ni otra cosa de estas dos.

—Es una novela.

—Cuando mi marido vivía, compraba alguna también; desde que he quedado viuda he tenido que ir simplificando mucho los negocios.

Aquí la viuda Morin llevó á los ojos su pañuelo, pues de ellos se deslizaban algunas lágrimas; después, como si su propio dolor la hubiera llevado á pensar en los de los demás, miró á Sofía con interés y exclamó:

—¡Válgame Dios, hija mía! ¡porque ahora que os miro con cuidado, veo que sois muy joven! estáis calada por la lluvia... y esa buena señora que os acompaña, también. Entrad aquí las dos y calentáos, que la estufa arde bien.

—Gracias, señora; tengo mucha prisa por volver á mi casa.

—¿Vivís lejos?

—Sí, señora; al otro lado de los puentes.

—¿Tenéis padres?

—Ya los perdí... y además soy viuda.

—¡Pobre niña! ¡como yo! ¡y tan joven!

—Acabo de cumplir veinte años.

—¿Tenéis hijos?

—No, señora.

—¡Os compadezco! ¡á mí me han quedado cinco; á no ser por ellos, acaso hubiera muerto de pena cuando perdí á mi querido Morin! ¡Era tan bueno! ¡Ah! ¡de seguro que os hubiera comprado vuestro manuscrito! Pero veamos... lo que él hubiera hecho, quiero probar á hacerlo yo; vos no sois rica, ¿verdad, hija mía?

—Soy muy pobre, señora.

—No os ofenda esta pregunta; si fuérais rica, no me metería en este negocio; pero si necesitáis dinero, voy á daros por estos papeles la cantidad de que puedo disponer.

—¡Ah señora! ¡os deberé más que la vida!

—Mi hermano mayor, que es el tutor de mis hijos y el que dirige los negocios de la casa, es un

hombre instruído, casi un sabio, y además un hombre de bien; yo por mí, y porque al veros no se puede dudar de que la obra será buena, á lo menos bajo el punto de vista de la moral, os la compro; él revisará mañana el manuscrito, y si, como creo, vale, se dará al instante á la imprenta, y en seguida se pondrá á la venta; y con tal que no perdamos, os compraremos los que queráis escribir para nuestra casa.

—¡Ah señora! ¡cómo podré yo explicaros mi gratitud! exclamó Sofía; ¿qué he hecho para interaros?

—Sois mujer y desvalida; esto me basta. Levántate, Roger, para que yo pueda moverme.

La madre levantó suavemente al niño que dormía apoyado en su regazo, y abrió el cajón del mostrador.

—No os puedo dar en este momento más que seiscientos francos, dijo Mme. Morin á Sofía; pero volved mañana por la noche, ó enviad á una persona de vuestra confianza; mi hermano habrá ya leído el manuscrito, y os completaré la suma que él me indique: fíad en su probidad; el talento le enamora, y la desgracia tiene derecho á todas sus simpatías; no quedaréis, pues, descontenta.

La viuda tomó el lio de papeles que le alargaba Sofía; contó seiscientos francos, que le dió, y que la joven puso en su bolsillo, y le dijo afectuosamente:

—Si no queréis calentaros aquí, idos á vuestra

casa, hija mía; esta humedad os puede ser muy nociva; tenéis la cabeza ardiendo, según veo en lo encendido de vuestras mejillas, y además se conoce que estáis temblando de frío; idos, y que os den al instante una bebida caliente.

—¿No queréis saber mi nombre? preguntó Sofía á la viuda.

—¿No está al frente de la novela?

—No, señora.

—Sois modesta en demasía; decidlo, y tú, Evelina, escríbelo.

La niña que leía en el mostrador escribió el nombre que le indicó la autora, y dió el papel á su madre, que lo puso en el manuscrito de la novela.

Sofía salió de la tienda con el corazón aliviado de un enorme peso; no llevaba todo el dinero que le era necesario, pero sí el bastante para que el Marqués se pusiera en salvo; el resto, ella se lo enviaría al sitio en que conviniesen.

Ni por un instante pensó Sofía en sí misma, aunque estaba necesitada de todo.